



Capítulo 598: Me encantaría robarla para mí...

La habitación quedó sumida en un tenso silencio, interrumpido únicamente por el lejano sonido de pasos que resonaban en el pasillo. Virgilio permaneció sentado en un sillón de cuero oscuro, con las piernas cruzadas y la mirada perdida en el vacío—o mejor dicho, fingiendo serlo.

Frente a él, Sapphire y Sepphirothy discutían como si su propio destino dependiera de ello. Y, en cierto modo, así fue.

"¡No vas a inclinar la cabeza ante ninguno de ellos, Virgilio!" La voz de Zafiro atravesaba el aire como una espada, firme, casi furiosa. "Ellos creen que son intocables, ipero tú no le debes nada a ningún dios!"



La mujer de cabello rojo y ojos verdes hacía gestos intensos, caminando de un lado a otro, sus botas hacían vibrar el suelo con cada paso. Había chispas en sus ojos—el tipo de brillo que sólo proviene de alguien que realmente cree en lo que dice.

Al otro lado, apoyada contra la pared, Sepphirothy cruzó los brazos, con expresión fría y calculada como siempre. Su postura contrastaba absolutamente con la pasión de Sapphire—cada palabra que decía era mesurada, cada mirada, estratégica.

"Hablas como si fuéramos a una cena informal", replicó con voz baja y controlada. "Pero no lo somos. Son dioses, Zafiro. Dioses. Un desliz y podría acabar siendo visto como una amenaza"

Zafiro giró para mirarla, con los ojos parpadeando. "¡Él es una amenaza!" ella exclamó. "¡Siempre lo ha sido! Fingir lo contrario no lo protegerá."



Sephirothy suspiró, manteniendo la compostura con visible esfuerzo. "La arrogancia no es un escudo, es una invitación a la muerte. Están esperando que cometa un error."

"¿Y quieres que incline la cabeza?" Zafiro replicó, levantando la voz.
"¿Quieres que sonría y les agradezca mientras lo tratan como a un juguete?"

"Quiero que sobreviva", respondió Sephirothy secamente, con sus ojos plateados reflejando la luz de la habitación. El aire entre ambos parecía a punto de encenderse. Zafiro dio un paso adelante, Sephirothy no dio marcha atrás— y Virgilio, sentado en el centro del campo de batalla verbal, mantuvo la misma expresión neutral.

Al otro lado de la habitación, Ada observó la escena en silencio, con los brazos cruzados y una ligera sonrisa en la comisura de los labios. Ella sabía muy bien lo que pasaría si intentaba intervenir.

Entre Sephirothy y Sapphire, nadie en su sano juicio se metería en el medio.

Murmurando para sí misma: "Oh, esto va a causar problemas...", comentó, sacudiendo la cabeza.

Zafiro señaló con el dedo a Sephirothy. "Crees que debería actuar por miedo."

"No", respondió Sephirothy, "creo que debería actuar con inteligencia"

"Y creo que subestimas de lo que es capaz"



"Y creo que sobreestimas la buena voluntad de los dioses"

Las palabras cruzaron el aire como flechas y Ada simplemente levantó las cejas, tratando de no reírse de la escena.

Vergil finalmente respiró profundamente, reclinándose en su silla. Sus ojos azules se movían lentamente de uno a otro.

Primer Zafiro, vibrante como una llama a punto de consumir el mundo.

Luego Sephirothy, frío como un lago helado.

"¿Hemos terminado?" preguntó con voz tranquila, profunda, como si hablara de un asunto trivial.

Los dos se detuvieron, sorprendidos por un instante por su serenidad.

"Porque, honestamente..." continuó, ajustando elegantemente su guante,
"...No he decidido si me están aconsejando o condenando"

Ada no pudo resistirse a una risa baja. "Bienvenidos a la unión entre la guerra y la diplomacia"

Virgilio le dio una mirada rápida, suficiente para hacerla fingir desinterés, mirando al techo.

Zafiro resopló y cruzó los brazos. "Sólo quiero que recuerde quién es"

"Y quiero que regrese sano y salvo", respondió Sephirothy sin dudarlo.



Virgilio se levantó, el movimiento fluido, elegante—y, al mismo tiempo, cargado de autoridad. El simple acto de ponerse de pie fue suficiente para silenciarlos a ambos.

Miró a cada uno de ellos pensativamente.

"Inclinar la cabeza o enfrentarme a los dioses..." dijo lentamente. "Es curioso cómo ambos consejos, en el fondo, vienen del mismo lugar"

Zafiro frunció el ceño. "¿Y cuál sería ese lugar?"

Vergil dio una leve sonrisa —del tipo que siempre dejaba a todos inseguros de si estaba a punto de pelear o reír.

"El miedo a perderme", respondió. "Simplemente lo expresas de diferentes maneras"

El silencio que siguió fue casi respetuoso. Zafiro miró hacia otro lado y se mordió el labio. Sephirothy, incluso sin reaccionar, relajó ligeramente los hombros.

Ada suspiró, sonriendo débilmente. "Por fin, algo sensato."

Virgilio se giró y cogió la espada apoyada en la silla. El acero brilló brevemente a la luz.

"No te preocupes", dijo con calma, casi serenidad. "Sé muy bien cómo actuar en presencia de dioses."



El silencio aún flotaba en el aire, espeso como el olor a incienso ardiendo a los lados de la habitación.

Virgilio permaneció de pie, con la mirada fija en la ventana, observando cómo la cortina se ondulaba con el viento que traía una premonición lejana —algo se movía afuera. Zafiro todavía mantenía los brazos cruzados, tratando de contener las palabras que no decía, mientras Sepphirothy simplemente observaba a Virgilio con esa mirada enigmática, como si calculara todos los resultados posibles de lo que estaba por venir.

Ada, a su vez, intentó parecer tranquila, pero la forma en que tocó la mesa con los dedos delató lo contrario.

Fue entonces cuando el ambiente se oscureció por un breve momento —como si una sombra se hubiera deslizado por las paredes.

Las llamas de las velas parpadearon y un susurro suave, casi imperceptible, resonó por el pasillo.

A partir de las sombras de la esquina derecha se formó una silueta femenina. Alta, delgada, los contornos de su cuerpo moldeados por un aura de humo y luz carmesí.

Sus ojos, brillando en un tono violeta profundo, se fijaron en Zafiro.

—Perdone la interrupción, mi señora —dijo la voz melodiosa y ligeramente ronca, con el característico acento arrastrado de los sirvientes demoníacos.

Zafiro se giró inmediatamente, reconociendo el timbre.



"Viola..." suspiró, reclinada en su silla. "Espero que no sea otro desastre"

La sombra se materializó por completo, revelando a la criada personal de Viola—Sapphire, o, como decían en los pasillos, su "sombra viviente"

Llevaba un vestido de encaje negro, corto por delante y largo por detrás, con un collar de rubí que parecía latir al mismo ritmo que su respiración.

Hizo un elegante arco, moviendo su cuerpo con una gracia que parecía sobrenatural.

—No, señora —respondió ella sin levantar la mirada. "Pero una valquiria está esperando. Ella vino a llevar a Lord Vergil y Lady Ada al evento"

Virgilio apartó la mirada de la ventana y se volvió lentamente hacia ella.

"¿Una valquiria?" preguntó, con la voz baja, casi un susurro.

Viola asintió. -Sí, mi señor. Se presentó como Brynhildr. Ella dijo que Odín le asignó directamente la tarea de escoltarla hasta el salón de Erebus

El nombre hizo que el aire se volviera pesado por un momento. Incluso Sephirothy levantó una ceja.

"Así que el viejo Odín se está tomando esto en serio", comentó Sapphire, medio escéptico, medio divertido. "Enviando una valquiria personalmente... "Es casi una señal de respeto."

"O de vigilancia", respondió Sephirothy, cruzando nuevamente los brazos.



Ada suspiró y se levantó de su silla.

"Así que es ahora", murmuró. "Y todavía no he terminado de procesar hasta qué punto todo esto parece una invitación disfrazada de trampa"

Zafiro sonrió a medias, inclinando la cabeza.

"Bienvenidos a la política divina."

Vergil se acercó a Ada y le extendió la mano con la naturalidad de alguien que siempre mantuvo el control, incluso frente al caos.

"Si es una trampa", dijo, con su característica calma gélida, "no es la primera que intentan tenderme"

Ada tomó su mano y le dirigió una mirada breve y cómplice.

"Y probablemente tampoco será el último."

Viola permaneció inmóvil, con la cabeza ligeramente inclinada. Incluso en silencio, había algo inquietante en su presencia —como si las sombras a su alrededor respiraran junto con ella.

Vergil la miró de nuevo.

"¿Dónde está esta valquiria?"



"En la puerta principal", respondió Viola. "Ella no quería entrar. Ella dijo que ella 'no tiene tiempo para lujos terrenales'."

Zafiro se rió, se divirtió.

"Es la misma vieja arrogancia nórdica. Estas mujeres piensan que el mundo gira en torno al honor."

Sephirothy miró hacia un lado.

"Y crees que gira en torno al poder. En el fondo, sois iguales."

Zafiro fingió no oír, se puso de pie y se ajustó el cabello.

-Bueno, Viola, prepara las puertas. Y dile a Brynhildr que Lord Vergil y su esposa están en camino"



Viola se inclinó aún más profundamente y su cuerpo se disolvió nuevamente en humo negro.

El silencio regresó y todos intercambiaron miradas.

Ada respiró profundamente, ajustándose el cabello, tratando de disimular la tensión que comenzaba a crecer.

Vergil ajustó su guante, un ligero destello pasó por sus ojos —el tipo de destello que anunciaba que, finalmente, estaba listo para lo que viniera.

Zafiro lo observó desde un lado, con una sonrisa sutil.



"Sé diplomático si puedes... devastador si es necesario."

Las puertas del salón se abrieron con un fuerte crujido y una ráfaga de viento frío arrasó el pasillo, trayendo consigo el olor metálico del acero y el lejano perfume de las flores del norte—, una fragancia pura, firme y aguda.

Vergil caminaba con Ada a su lado, pasos lentos y controlados, como si cada movimiento fuera calculado. El eco de sus zapatos en el suelo de mármol llenó el aire en cadencia con el suave chasquido de su guante, mientras ajustaba el cuello de su traje azul oscuro.

Afuera, la niebla se disipó bajo la luz plateada de la luna, revelando la imponente figura que esperaba en la entrada.

Brynhildr estaba al pie de la escalera, inmóvil como una estatua de guerra. Su armadura era de plata clara, con detalles en azul helado y oro viejo—un equilibrio perfecto entre belleza y letalidad. La capa larga y pesada ondeaba suavemente con el viento, y el casco que sostenía bajo el brazo mostraba alas grabadas, que recordaban a las de un halcón.

Su cabello largo y negro, trenzado con cintas de metal, reflejaba la luz de la luna como hebras de luz solar perdidas en invierno. Sus ojos —azules, pero de un tono más frío que los de él— lo observaron con atención calculada, sin la menor vacilación.

Cuando hablaba, su voz era clara y firme, pero tenía un eco antiguo, casi poético:

"Rey Demonio, Virgilio Lucifer. Señora Ada Baal." Hizo una breve e impecable reverencia militar. "Soy Brynhildr, enviado de los Altos Cielos. Odín me ha



designado para escoltarte al salón de Erebus, en nombre del Torneo Celestial."

Ada respondió primero, con cierta cortesía:

"Apreciamos tu presencia, Valkyrie"

Brynhildr inclinó ligeramente la cabeza y sus ojos todavía estaban fijos en Vergil.

Él, a su vez, la observó con una mirada tranquila, pero había un brillo en sus ojos que rara vez aparecía —un interés silencioso, casi imperceptible.

Un guerrero tan imponente, moviéndose con tanta gracia... había algo fascinante en ese contraste. Ella era el reflejo perfecto de algo que él respetaba—fuerza contenida en la elegancia.

'Ella es un monumento viviente...' pensó, con un toque de ironía. '¿Y Odín la esconde en el campo de batalla? Un desperdicio. Quizás debería robarla sólo para ver su cara.'

Brynhildr dio un paso adelante, levantando la mirada hasta que se encontró con la suya.

Y, por un instante, el aire pareció cambiar.

No había tensión. No hubo ningún desafío. Sólo el reconocimiento silencioso entre dos seres acostumbrados a estar por encima del miedo.



"Me han ordenado que te lleve sano y salvo", dijo con voz firme, casi impersonal. "Los portales ya están abiertos. Espero que no te importe la formalidad nórdica"

Virgilio dio una leve sonrisa —el tipo de sonrisa que no llegaba a sus ojos, pero conllevaba un peligro elegante.

"No me importa", respondió bajando la voz. "Mientras el viaje sea... placentero."

